

## UNIDAD Y VARIACIÓN EN SEMÁNTICA \*

Dar cuenta de lo que es el significado en las lenguas naturales implica adentrarse en un campo lleno de problemas no sólo muy complejos, sino también sumamente heterogéneos. En muchos casos, estos problemas todavía no están siquiera planteados, en otros apenas se han esbozado, sólo en algunos se han desarrollado parcialmente, mientras que en otros se han dejado de lado o se han ignorado. A pesar de que en varias disciplinas, especialmente en la filosofía, y dentro de ella en la lógica, en la lingüística y en la psicología, se han elaborado importantes teorías del significado de las lenguas naturales, todavía no podemos decir a ciencia cierta cómo opera el significado lingüístico.

En términos generales, es cierto que sabemos cómo funciona el significado en ciertos casos concretos y en determinados niveles. Por ejemplo, la antigua, larga y continua tradición lexicográfica nos muestra cada día más su enorme utilidad práctica. También los diversos desarrollos retóricos, estilísticos y de análisis literario nos han permitido ver la variedad y la riqueza de formas a través de las cuales se expresa formalmente todo tipo de nociones e ideas. De las disciplinas más nuevas, creadas en los últimos veinte o treinta años, sabemos que la llamada lingüística del texto ha empezado a explicar la trama del discurso y el significado de unidades mayores a la oración y que con ello se está dando un gran paso adelante. La lógica matemática, en colaboración con la lingüística, particularmente desde los años sesenta, además de haber aclarado el significado de cuantificadores, determinantes, clasificadores lingüísticos y de otros elementos, y con ello haber

\* Una breve versión preliminar de este artículo fue presentada como ponencia plenaria, el 9 de octubre de 1987, en el "Primer Coloquio de Lingüística Mauricio Swadesh", que se celebró en la Universidad Nacional Autónoma de México.

destruido muchos errores y falacias teóricas de la lingüística y de la lógica tradicional, ya puede explicar, formalmente, el significado global de un gran número de tipos de oraciones. Las teorías sintácticas de la segunda mitad de este siglo, en especial las generativas, no sólo han permitido avanzar en la descripción del significado que se obtiene de las combinaciones sintácticas dentro de la oración, sino que, en general, han logrado importantes aportaciones a la relación fundamental entre sintaxis y semántica. Las varias corrientes del estructuralismo europeo, la llamada lingüística funcional y otros desarrollos científicos de los últimos setenta años han contribuido sin duda al avance de la semántica.

Sin embargo, a pesar de todos estos adelantos, es cierto —repite— que todavía no hay teorías que expliquen amplia y cabalmente qué es y cómo opera el significado de las lenguas naturales. Con objeto de entender por qué no se han tratado suficientemente los hechos lingüísticos del significado, intentaremos explicar la larga serie de problemas que se han dejado de lado o se han ignorado en las diversas teorías del significado en los últimos setenta años. A lo largo del trabajo consideraremos siete grupos de problemas, cada uno dividido en dos grandes campos. En el primer campo siempre estará lo que tradicionalmente la lingüística ha tomado en cuenta y en el segundo estará aquello que la lingüística tradicionalmente *no* ha tomado en cuenta. Hago esta división en dos grandes campos, siguiendo los distintos sentidos que poseen los términos *denotación* y *connotación*, cuya gran virtud es reunir en sus muy variados sentidos o significados la mayoría de los problemas que giran alrededor de cómo se significa. Complementaremos la división en estos dos grandes campos, con la ayuda de otras designaciones —simples o compuestas— utilizadas para tratar el significado, que son básicas también para nuestro estudio. Éstas son: 1) significado o sentido primario o único *vs.* más de un significado, o significados (o sentidos) secundarios, adyacentes o agregados; 2) significado cognoscitivo *vs.* otros tipos de significado; 3) significado fijo *vs.* significado variable o libre; 4) información homogénea o sistemática *vs.* información heterogénea o asistemática; 5) información central o esencial *vs.* información adicional, secundaria o compleja: estilo; 6) significado literal *vs.* metafórico o figurado, y 7) el significado considerado sincrónicamente *vs.* el significado considerado desde una perspectiva diacrónica. Dentro de estos grupos también tendremos en cuenta otros tipos de significación, a los que se suele designar como el sentido o significado emotivo, literario, normal, dialectal, poéti-

co o estético, etc. Todo lo anterior nos servirá, pues, de punto de partida, tanto para saber a qué tipo de problemas prestan atención y dan preferencia distintas teorías semánticas, como para entender dónde están las mayores y más obvias lagunas en el estudio del significado de las lenguas naturales.

Aunque en otras partes<sup>1</sup> he dicho que para la semántica lingüística es muy importante estar en estrecho contacto con la filosofía, sin embargo, en este trabajo no mencionaré las teorías semánticas de la filosofía, sino que trataré de mantenerme, por ahora, dentro de lo propiamente lingüístico. El objetivo aquí es mostrar cuáles son las grandes limitaciones del estudio del significado, dentro de la disciplina que se designa a sí misma como la *lingüística*. Tengo como propósito reflexionar ahora sobre las limitaciones y las dificultades que plantea el estudio del significado en una sola disciplina, para después proponer soluciones que recurran a la combinación de varias disciplinas. En el caso de la semántica, me parecen especialmente fértiles las relaciones entre la lingüística y los diversos campos de la filosofía, y entre la lingüística y el estudio de la literatura. Sólo debo aclarar, en relación con la filosofía, que en lingüística lo más común es concebir como una oposición excluyente a la pareja de términos *denotación-connotación*, en vez de concebirla como complementaria, como lo hacen varias de las teorías de la semántica filosófica, desde el siglo XIX, a partir de John Stuart Mili<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Lo he destacado en un artículo reciente, "La referencialidad como concepto lingüístico", *NRFH*, 34 (1985-1986), 1-22. Véase también mi libro *La connotación. Problemas del significado*, El Colegio de México, México, 1978; y "Fijeza o variabilidad del significado", *AP*, 2 (1980), 59-72.

<sup>2</sup> En la semántica lógica de la filosofía, la pareja *denotación-connotación* no constituye una oposición, sino que estos tecnicismos se usan más bien para complementar las dos formas en que se suele describir o concebir el significado de los términos de una proposición. La especialización que conocemos en lingüística en el uso de estos tecnicismos es relativamente reciente y se deriva de un uso que comenzó con la psicología, ya entrado el siglo XX, cuando *connotación* se empezó a identificar con la asociación más o menos libre de ideas. Este sentido está emparentado con el significado original y más antiguo del término. En el siglo XIII, Guillermo de Ockham empieza a usar *connotativo* para designar aquellos términos que tienen o una significación polarizada o una doble significación simultánea, es decir, que significan una cosa *in recto* y otra cosa *in obliquo* o, también, que significan algo de un modo principal, y otra cosa de un modo secundario (cf. *La connotación. Problemas*. . . , p. 8). Psicólogos y lingüistas retoman en el siglo XX este uso que en filosofía prácticamente había desaparecido, sobre todo a partir del siglo XIX con la distinción de J. Stuart Mili, en la que *connotación* se usó para designar el significado entendido desde

1. SIGNIFICADO PRIMARIO O ÚNICO *VS.* SIGNIFICADOS SECUNDARIOS  
O MÁS DE UN SIGNIFICADO

El primer grupo de sentidos que tenemos opone significado único, primario, o sentido principal, a significados o sentidos adyacentes, o secundarios. El significado primario, único o principal es denominado en muchas teorías *denotación* y se opone a *connotación*, término que implica más de un significado, significado secundario, o varios sentidos adyacentes o agregados al primario. A partir de Bloomfield, en los Estados Unidos, uno de los creadores de esta oposición denotación-connotación, y de Hjelmslev, Martinet y otros en Europa, la lingüística ha optado naturalmente por estudiar el significado denotativo, único y primario, y ha dejado que otras disciplinas, como la sociolingüística, la psicolingüística, la antropología y la estilística se ocupen de todo aquello que, aparentemente, no es lo central, primario, único y principal. Sin embargo, más allá de lo que Bloomfield pretendió al hablar de connotación, cuando propuso aislar los rasgos lingüísticos que corresponden a niveles sociales, a ciertos valores y prejuicios sociales, y a énfasis<sup>3</sup> —Hjelmslev, por cierto, pretendió algo similar y agregó la heterogeneidad y el estilo<sup>4</sup>, al igual que Martinet<sup>5</sup>— la lingüística ha caído en simplificaciones excesivas. Éstas reducen el significado lingüístico —el denotativo—, a lo puramente léxico, y dentro del léxico lo reducen aún más, a lo que en los diccionarios correspondería a la primera acepción de una palabra.

Dentro de este mismo grupo —significado primario o único frente a significado secundario o varios significados—, podríamos

---

un punto de vista *intensional*. Bloomfield, Hjelmslev, Martinet y los seguidores de estos tres lingüistas dividieron el significado en los dos grandes campos de los que estamos hablando. Sobre la segmentación del significado debida a estos lingüistas cf. *ibid.*, cap. 6, pp. 167-200.

<sup>3</sup> Para la concepción de *connotación* en Bloomfield, véase más adelante, el punto 4.

<sup>4</sup> Véase también más adelante, el punto 4.

<sup>5</sup> “Connotations, poésie et culture”, en *To honor Roman Jakobson. Essays on the occasion of his seventieth birthday*, t. 2, Mouton, The Hague-Paris, 1967, pp. 1288-1294. Ahí Martinet, aunque no relaciona directamente estilo y connotación, como después lo harán otros (por ejemplo, ROLAND BARTHES, especialmente en *S/Z*, Eds. du Seuil, Paris, 1970), sí lo sugiere al decir que, como las palabras evocan connotativamente situaciones muy particulares para cada individuo, el poeta “lui seul a le droit de ne pas garder pour lui-même ses connotations”, p. 1291.

incluir otra preocupación que la lingüística ha adoptado de la filosofía y, particularmente, de la lógica: pretender describir siempre el significado, ya sea de una palabra o de una oración, en términos de una sola relación referencial unívoca<sup>6</sup>. Es decir, se pretende establecer la denotación de palabras o de oraciones de la misma manera que la lógica establece la denotación de los términos de las proposiciones. Sin embargo, este deseo muy loable de precisión se cumple pocas veces, porque se olvida que en lógica lo que se entiende por *denotación* son “los sujetos (o sea, las entidades poseedoras de atributos) de los que puede predicarse un término”<sup>7</sup>, pero no se tiene en cuenta que, excepto en el caso de los nombres propios, la referencia de un término solamente puede establecerse dentro de una proposición y nunca fuera de ella. Para ser congruentes con el rigor de la lógica, en lingüística sólo podríamos hablar de denotación en el caso de signos actualizados. Es decir, no podríamos establecer la denotación de sustantivos comunes aislados, ni de verbos o adjetivos, sino que únicamente podríamos hablar de su significado denotativo, o de su referente, dentro de una oración situada en un contexto dado y en un tiempo preciso. Para hablar de la denotación de los signos lingüísticos o de su referencia unívoca, es indispensable el *hic et nunc*, “el aquí y el ahora”. Encontramos, en cambio, que lo más frecuente en lingüística es hablar de la referencia y la denotación de palabras aisladas —como es el caso de casi todas las teorías estructuralistas—, o de la referencia de palabras (principalmente sustantivos y verbos) colocadas dentro de oraciones, pero siempre que éstas se tomen fuera de contexto, como en el generativismo.

Por otra parte, la falta de claridad en lo que es la referencia ha llevado a quienes intentan hacer descripciones concretas del significado de tales o cuales oraciones o palabras, a olvidar ciertas distinciones básicas de la lingüística moderna. Por ejemplo, como resultado de la confusión entre significado y referencia, se

<sup>6</sup> Para el uso del concepto de referencialidad entre los lingüistas, véase mi artículo “La referencialidad. . .”, citado en la nota 1.

<sup>7</sup> Véase cualquier diccionario de filosofía; la definición que cito en el texto está tomada de la entrada escrita por CHARLES A. BAYLIS, en DAGOBERT D. RUNES, *Diccionario de filosofía*, trad. M. Sacristán, Grijalbo, Barcelona-México, 1969, s. v. *denotación*. Ahí mismo se aclara que *denotación* en el uso corriente de la lógica tiene además otra significación más laxa, “poco especializada, pues *denotar* es aproximadamente sinónimo de *designar*. Puede decirse que un nombre propio denota aquello de lo cual es nombre. O, por ejemplo, en la ecuación  $2 + 2 = 4$ , el signo  $+$  denota la adición, y el signo  $=$  la igualdad (aun sin la necesidad de construir esos signos como nombres propios)”.

mezclan y confunden los hechos del sistema con los de su realización, los hechos de la lengua con los del habla, los hechos de la competencia con los de la actuación. Por la misma naturaleza del acto de referir, que requiere un tiempo y un espacio concretos, no es posible analizar signos aislados en términos referenciales. Un signo, en el momento en que se actualice, podrá establecer tantas relaciones referenciales como oraciones distintas en las que pueda caber, y tantas como contextos diferentes en los que pueda ser utilizado.

## 2. SIGNIFICADO COGNOSCITIVO VS. OTROS TIPOS DE SIGNIFICADO

Dentro de lo propiamente lingüístico, en el campo de la denotación, el segundo grupo de sentidos opone el significado cognoscitivo, también llamado referencial, a otros tipos de significado, como el llamado emotivo o el estético, que quedan dentro de otro campo, el de la connotación. Desde que se difundió el esquema del signo lingüístico de Karl Bühler para el acto de comunicación<sup>8</sup>, y desde que se divulgaron las tesis sobre las diversas funciones de la lengua que elaboró la escuela de Praga<sup>9</sup> y particularmente, derivado de ellas, el esquema de Roman Jakobson<sup>10</sup>, se distinguió claramente una función referencial o cognoscitiva de los signos, de otras funciones que resultan del diálogo y de los diversos

<sup>8</sup> Véase su *Teoría del lenguaje*, trad. Julián Marías, Revista de Occidente, Madrid, 1961, especialmente, pp. 47-56. [I<sup>a</sup> ed., 1934]. Aunque esta obra es posterior a las *Tesis* del Círculo lingüístico de Praga, Bühler había expuesto desde 1918 su nuevo modelo de *organon*, a través del cual concebía el lenguaje. En la obra antes citada dice: "Este modelo de *organon*, con sus tres referencias de sentido variables con amplia independencia, está completo por primera vez, [...] en mi trabajo sobre la frase (1918), que empieza con estas palabras: «Triple es la función del lenguaje humano: manifestación, repercusión y representación». Hoy prefiero los términos: *expresión, apelación y representación*. . ." (p. 52). El trabajo de 1918 al que se refiere es *Kritische Musterung der neueren Theorien des Satzes* (*Indog. Jahrbuch*, 6). Con esto no intento afirmar que las *Tesis* hayan estado influidas por Bühler, sino, únicamente, pretendo dejar clara la cronología de trabajos sobre temas que son muy afines.

<sup>9</sup> En las *Tesis de 1929 del Círculo lingüístico de Praga*, trad. M. I. Chamorro, Alberto Corazón, Madrid, 1970, especialmente pp. 30-44.

<sup>10</sup> Presentado como parte de "Concluding statement: Linguistics and poetics" en la ya famosa conferencia interdisciplinaria sobre estilo (con la participación de lingüistas, psicólogos y críticos literarios), que organizó la Universidad de Indiana en 1958, y que T. SEBEOK editó en 1960, con el título *Style in language*, M.I.T. Press, Cambridge, MA.

usos del lenguaje, como la emotiva, la poética, la metalingüística, la apelativa o conativa y la fática. Pero junto con la distinción entre las funciones, en la lingüística se generó la norma o la costumbre de trabajar preferentemente con la función referencial, aunque la lingüística no se ocupara de saber qué es la referencia en sí misma. Es muy natural, por lo tanto, que si el significado cognoscitivo que se identifica con lo referencial representa lo esencial para el conocimiento del mundo, sea objeto de estudio de la filosofía, de las ciencias físicas y naturales, y también de la lingüística. Puesto que se reconoce que las lenguas son instrumentos para conocer el mundo y que proporcionan a todo hablante un conocimiento precientífico de la realidad, es lógico que las mismas lenguas naturales hayan sido tomadas como objeto de estudio de la filosofía y de otras disciplinas. El signo, decía Bühler, además de referirse a los objetos del mundo real, funciona como síntoma que permite saber algo de la persona que lo emite y como llamada de atención y señal que puede modificar la conducta de quien lo escucha<sup>11</sup>.

En contraste con la importancia que todas las disciplinas no lingüísticas dan a la función referencial, la lingüística debería ser la ciencia que asumiera la tarea básica de explicar también esta comunicación práctica, es decir, debería estudiar también la función sintomática y la apelativa. Lo que sucede, sin embargo, es que gran parte de la investigación lingüística olvida que en el proceso de la comunicación estos hechos son centrales y, en cambio, se dejan como exclusivos de disciplinas subsidiarias como la sociolingüística y la psicolingüística. Seguramente, también por influencia de otra distinción que se remonta a Peirce, y que fue divulgada por Rudolf Carnap y por Charles Morris —es decir, la división entre semántica, pragmática y sintaxis—<sup>12</sup>, la semántica lingüística pocas veces incursiona abiertamente en el terreno de los sujetos hablantes.

A pesar de la separación en el estudio de las diferentes funciones del lenguaje, casi toda teoría semántica considera necesario explicar los actos de comunicación. Los mismos Morris, Carnap y, más tarde, Bar-Hillel<sup>13</sup>, que trabajaron para desarrollar una

<sup>11</sup> *Op. cit.*, pp. 51-52.

<sup>12</sup> La distinción se expresa muy claramente en C. MORRIS, *Foundations of the theory of signs*, The University of Chicago Press, Chicago-London, 1970 [1ª ed., 1938].

<sup>13</sup> Sobre esto, véase Y. BAR-HILLEL, *Language and information*, Addison-

semántica lógica pura, reconocieron que para analizar el significado de las lenguas naturales sí resultaban indispensables las consideraciones pragmáticas. Por otro lado, paradójicamente, la segmentación en tipos de significado aumentó cuando Jakobson, en 1960, publicó su hermosa ponencia "Linguistics and poetics", en la que invitaba a los lingüistas a tomar la poesía y la literatura en general como objetos de estudio<sup>14</sup>. Pocos lingüistas respondieron a su llamado y el estudio del significado continuó fragmentándose por caminos diversos, que pocas veces se comunicaban. Por ejemplo, los críticos literarios tomaron las ideas de Jakobson sobre el significado poético, y no sólo las consideraron exclusivamente suyas, sino que en muchos casos las convirtieron en coto cerrado a cuyo código de significado y a cuyos peculiares modos de expresión a menudo solamente ellos mismos tienen acceso.

El significado lingüístico quedó dividido, pues, en varias parcelas pequeñas: la sociolingüística se atribuyó el estudio de ciertas características de los sujetos hablantes, la psicolingüística se concentró en los sujetos oyentes y la pragmática se ocupó de la interacción entre ambos. En tanto que la crítica literaria, siguiendo la tradición, continuó ocupándose de algo que, por ahora, podemos llamar "lo bien escrito".

En cuanto a significado, en lo relativo a conceptos semánticos la lingüística se quedó con la misma parcela que había heredado de la filosofía aristotélica más tradicional, excepto dentro de los desarrollos provenientes de la filosofía del lenguaje ordinario y de algunas otras teorías aisladas. Por otra parte, la lingüística siguió trabajando con la lexicología clásica, casi sin hacerle las modificaciones que requería a pesar del gran avance que entonces tenían otras áreas de la lingüística, como la fonología, la sintaxis y a pesar, también, de la teoría misma de estructura y de sistema, tan importantes para el estructuralismo.

### 3. SIGNIFICADO FIJO VS. SIGNIFICADO VARIABLE O LIBRE

En el tercer grupo, del lado propiamente lingüístico de la denotación, se coloca todo lo que es fijo; en el otro extremo, en el de la connotación, todo lo que es variable o libre. En general la lin-

---

Wesley, Reading, MA, 1964; y Y. BAR-HILLEL (ed.), *Pragmatics of natural language*, Reidel, Dordrecht, 1971.

<sup>14</sup> Cf. *supra*, nota 10.



güística describe lo que es fijo y común a un grupo social, y no se interesa por los significados que suele llamar ocasionales, personales o individuales. Esto viene de muy lejos. Desde el surgimiento mismo del pensamiento lingüístico occidental —en Grecia— se originó el problema de explicar la fijeza o la variación de los significados de las formas lingüísticas. La famosa polémica entre los analogistas y los anomalistas surgió porque los primeros concluyeron que la base del funcionamiento del lenguaje estaría en sus regularidades. La palabra griega “analogía” se empleaba en el sentido de proporción matemática (por ejemplo, seis tercios son análogos a cuatro medios o a dos enteros). Los anomalistas, en cambio, si bien se percataban de las regularidades de las lenguas, enfatizaban sus irregularidades porque pensaban que la variación reflejaba mejor la esencia misma de lo que es el lenguaje<sup>15</sup>.

Parece muy natural que en el siglo xx, a partir de la concepción y del desarrollo de las teorías estructuralistas europeas y también del estructuralismo norteamericano, la atención se centrara en explicar el funcionamiento de las lenguas como sistemas y en describir sus estructuras, mientras que el problema de la variación pasaba a un segundo término. El interés de la lingüística se encauzó hacia lo propio de la lengua, hacia la descripción de su sistema. Se trataba de descubrir las estructuras y sus comportamientos regulares, mientras que las variaciones propias del habla, sin duda más difíciles de sistematizar, se dejaron a la estilística o a otras disciplinas. Como se pensaba que las variaciones del habla no eran pertinentes al estudio del sistema, la falta de atención a este problema no parece haber afectado tanto ciertas áreas, como el estudio de la fonología ni de la morfología, y probablemente tampoco el de la sintaxis. En cambio sí afectó de modo muy negativo el estudio de dominios más abiertos como el léxico, donde no resulta fácil encontrar lo sistemático, ni crear o descubrir y describir estructuras. La variabilidad y la movilidad del significado léxico, o dicho simplemente, las diversas acepciones de una palabra que consignan los diccionarios, constituyeron un gran problema para las teorías semánticas. Al no querer enfocar al mismo tiempo los problemas del sistema y los de su realización, los es-

<sup>15</sup> Sobre la polémica entre analogistas y anomalistas, véanse R. H. ROBINS, *Breve historia de la lingüística*, Paraninfo, Madrid, 1974, pp. 27-32; y J. E. SANDYS, *A history of classical scholarship*, t. 1, Cambridge University Press, Cambridge, 1921, pp. 129 ss.

tructuralistas se toparon con escollos que no pudieron librar, como en el caso del estudio del léxico. Por un lado, continuaron trabajando con listas de palabras, cada una con las múltiples acepciones que se consignan en los diccionarios, con las cuales no podían formar ningún sistema y, por otro, percibieron que los hechos aislados del habla no parecían fácilmente estructurables. Sabemos que sólo en los últimos años se ha empezado a librar el escollo de la separación tajante entre lengua y habla, entre código y mensaje.

Por otra parte, el significado léxico, desde el punto de vista estricto del sistema o del código, no siempre se estudió de acuerdo con las normas del estructuralismo, es decir, como un sistema de signos prácticamente cerrado donde todo funciona según las relaciones internas entre los signos, de acuerdo con sus semejanzas y diferencias. El significado, en un sentido más amplio que el léxico (que las palabras aisladas), continuó estudiándose, pero sólo excepcionalmente o en forma tangencial al plantear, analizar y resolver problemas morfológicos y sintácticos. En resumen, mientras en Estados Unidos se dejó de lado intencionalmente el estudio del significado por considerarlo inasible<sup>16</sup>, en Europa sí se continuó tomándolo en cuenta, aunque en muchos casos se le confundió con la lexicología tradicional.

La lingüística, que en los Estados Unidos había dejado de lado el significado, pronto vio la necesidad de volver a incorporarlo en su estudio. Es bien sabido, por ejemplo, que Chomsky, al ir modificando el papel que desempeña el componente léxico dentro de su teoría, le ha asignado cada vez mayor importancia; también es obvio que en cada reelaboración de su teoría lingüística ha introducido más y más nociones semánticas, como, por ejem-

<sup>16</sup> Sobre esto, véase más adelante, el punto 4. En la obra de Bloomfield, particularmente, se puede ver de manera muy clara cómo este innovador fue desechando la idea de describir el significado, conforme se percataba de la dificultad de hacerlo con los instrumentos a su alcance, de acuerdo con la idea que tenía de lo que era lo científico. Tres de sus obras son fundamentales para entender esta evolución respecto a su concepción de significado: *Language* de 1933; *Linguistic aspects of science*, University of Chicago Press, Chicago, 1939. (*International Encyclopedia of Unified Science*, t. 1, núm. 4) y "Meaning", en *Monatshefte für Deutschen Unterricht*, 35 (1943), pp. 101-106; reproducido en C. F. HOCKETT (ed.), *A Leonard Bloomfield anthology*, Indiana University Press, Bloomington-London, 1970, pp. 400-405. Para una visión amplia y general del estructuralismo en los Estados Unidos, véase DELL HYMES y JOHN FOUGHT, "American structuralism", en *Current trends in linguistics*, t. 13: *History of linguistics*, Mouton, The Hague-Paris, 1975, pp. 903-1176.

plo, la forma lógica<sup>17</sup>. En lo relativo al estudio de la variabilidad o de la fijeza de las formas lingüísticas, los conceptos de gramaticalidad y de aceptabilidad han desempeñado un papel importante, a pesar de que la intención de la gramática generativa no ha sido de ninguna manera estudiar la variación gramatical o léxica específica de ninguna lengua. Sin embargo, los cuestionamientos que se han formulado a la validez y a la utilidad de estas nociones de gramaticalidad y de aceptabilidad, han obligado a tener más presente el problema del significado y a simplificar menos los hechos semánticos.

#### 4. INFORMACIÓN HOMOGÉNEA O SISTEMÁTICA VS. INFORMACIÓN HETEROGÉNEA O ASISTEMÁTICA

Muy relacionada con el apartado anterior, en lo que a denotación se refiere, está la información más o menos homogénea que puede ser fácilmente sistematizable, según criterios básicamente estructuralistas, tanto norteamericanos como europeos. Del lado de la connotación encontramos todos aquellos aspectos del lenguaje que son difíciles de sistematizar, porque reflejan la heterogeneidad propia de gran parte de los fenómenos lingüísticos. Por ejemplo, al hacer un corte sincrónico en un diasistema para identificar cierto estado de lengua, del lado de la denotación quedaría todo lo que fuera común a ese diasistema: una fonología básica, una morfología muy general, reglas sintácticas muy amplias y abarcadoras, un léxico reducido, pero estadísticamente muy frecuente, etc. En cambio, del lado de la connotación se colocarían aquellos aspectos más difíciles de sistematizar, como son las diferencias lingüísticas debidas a la existencia de niveles, de clases o de estratos sociales distintos, las diferencias relacionadas con la mayor o menor cultura de un hablante, las diferencias dialectales derivadas de la dispersión geográfica de una lengua, las diferencias originadas por el uso de una lengua para determinadas técnicas especializadas (lenguajes técnicos o jergas), los usos que intencionalmente pretenden diferenciar a grupos sociales distintos (argots), los cambios que el contacto de lenguas introduce en un sistema (empleo de extranjerismos, tanto léxicos como fonéticos y sintác-

<sup>17</sup> Para la gradual incorporación de nociones semánticas en la teoría de Chomsky, véase FREDERICK J. NEWMAYER, *Linguistic theory in America*, Academic Press, Orlando, FL, 1986. Del propio CHOMSKY, la "forma lógica" está ampliamente explicada en *Knowledge of language. Its nature, origin, and use*, Praeger, New York, 1986.

ticos), y desde luego, las diferencias diacrónicas, que caracterizan a todo sistema lingüístico vivo<sup>18</sup>.

En otro orden de hechos sociales, encontramos que en esta subdivisión entre homogéneo o sistemático y heterogéneo o asistemático, se ordenan del lado de lo sistematizable los valores de uso que pueden ser relativamente estables dentro de un determinado dialecto geográfico. Estos valores generalmente coinciden con los significados o con los sentidos que se perciben como más comunes, o con los sentidos que son estadísticamente más frecuentes, dentro de ese dialecto. Del lado de la información heterogénea, están todos aquellos valores que los propios términos van adquiriendo, según el uso que se hace de ellos, dentro de ese mismo dialecto. Por ejemplo, ahí encontramos los tabúes lingüísticos y las *improper forms*, como las llamaba Bloomfield<sup>19</sup>. Es decir, para Bloomfield, una forma dada, y su eufemismo, tienen la misma denotación, pero la primera forma tiene, además, una connotación “impropia” o vulgar, que impide utilizar ese término en determinadas situaciones sociales. Por su parte, el eufemismo también adquiere un valor —una connotación— que indica que la persona que lo usa “respeta” las convenciones sociales que prohíben el uso de tabúes lingüísticos.

A partir de Bloomfield, también quedaron del lado de lo heterogéneo todas las formas que indican intensificación. Por ejemplo, las exclamaciones, las interjecciones, las groserías, diversas onomatopeyas, las formas hipocorísticas, los tonos diferentes de euforia, depresión, iracundia, triunfalismo, petulancia, etc. Entre lo heterogéneo Bloomfield también colocaba el habla infantil, que hoy se ha convertido en uno de los campos de estudio privilegiados por la lingüística. En el estudio de la adquisición del lenguaje se ha visto que la heterogeneidad es más bien aparente, y que el análisis de la enorme gama de variantes que en apariencia producen los niños ilumina aspectos centrales de lo que es el sistema de una lengua, y por extensión, el funcionamiento del lenguaje. A partir de 1965, en *Aspects of the theory of syntax*, Chomsky insiste en la importancia que tiene el estudio de la adquisición de la lengua para llegar a explicar el fenómeno humano y general que es el lenguaje. Aquellos de sus seguidores que trabajaron pa-

<sup>18</sup> La diferencia diacronía/sincronía la trataremos más adelante, en el punto 7.

<sup>19</sup> Véase la ed. inglesa de *Language*, George Allen & Unwin, London, 1961, p. 155 [1ª ed. 1933]. La trad. española citada más adelante interpreta *improper* como *impropias*, término que no traduce el sentido de la palabra inglesa.

ra desarrollar estudios sobre adquisición del lenguaje pretendieron, entre otros fines, comprobar una de las bases teóricas de las que parte Chomsky, no sólo en lo relacionado con la adquisición de una lengua, sino en general, y sobre la que construye toda su teoría: el innatismo de las ideas. Desde esa corriente se desarrollaron diferentes técnicas para el estudio del habla infantil, hasta entonces descuidada. Desde los años sesenta empezaron a proliferar los estudios sobre el lenguaje infantil, elaborados por la disciplina que se ha definido a sí misma como *psicolingüística*, cuyos enfoques teóricos son muy variados. Cabe mencionar, entre otros de los estudios de adquisición del lenguaje que han ejercido también una fuerte influencia en la lingüística actual, los de orientación piagetiana y los de la escuela de Vigotsky y Luria, que corresponden a concepciones del lenguaje diferentes de las chomskianas<sup>20</sup>.

Con algunas excepciones, como la adquisición del lenguaje, la lingüística de los últimos veinte años ha transferido a otras disciplinas —que ya esbozamos en el apartado anterior— el estudio de lo que se había colocado en el campo de la información heterogénea o asistemática. Otra gran excepción es la geografía lingüística que, junto con la dialectología, se considera parte integrante de la lingüística; sin embargo, no han vuelto a recuperar la fuerza que alcanzaron en la primera mitad del siglo xx. El florecimiento de la dialectología en los años cuarenta y cincuenta, en regiones de habla inglesa, francesa y española, principalmente, se vio opacado, a partir de los años sesenta, por el rápido auge del estructuralismo, que produjo una efervescencia de estudios sobre aspectos en apariencia más sistemáticos de las lenguas.

En la década de los sesenta hubo, por una parte, una gran abundancia de estudios de fonología, morfología y sintaxis, y por otra parte, proliferaron los estudios de carácter teórico sobre distintos aspectos de interés para el estructuralismo. Por ejemplo, se escribió mucho sobre la noción misma de sistema, y se empezó a profundizar en otras nociones, como la de norma, la de habla,

<sup>20</sup> Entre las obras más relevantes para acercarse a los diversos enfoques y escuelas en adquisición del lenguaje están: HERBERT H. CLARK y EVE V. CLARK, *Psychology and language. An introduction to psycholinguistics*, Harcourt Brace Jovanovich, New York, 1977; JILL G. DE VILLIERS y PETER A. DE VILLIERS, *Language acquisition*, Harvard University Press, Cambridge, MA-London, 1978; ALISON J. ELLIOT, *Child language*, Cambridge University Press, Cambridge-London-New York-New Rochelle-Melbourne, 1981.

la de dialecto, que habían quedado un tanto indefinidas en términos estructurales<sup>21</sup>.

Por esos mismos años, la sociolingüística —como ya apuntamos— se constituyó como disciplina independiente, adoptando técnicas específicas de la sociología, que la definieron con coherencia y la alejaron de las observaciones tradicionales, vagas y asistemáticas que hasta entonces se habían hecho sobre las diferencias dialectales, según los distintos estratos o clases sociales a los que pertenecieran sus hablantes. En los Estados Unidos, William Labov se convirtió en un claro ejemplo de la coherencia y la sistematicidad con que es posible estudiar el fenómeno de la heterogeneidad social del lenguaje, cuando en 1966 publicó su *The social stratification of English in New York City*<sup>22</sup>. Basil Bernstein, desde Inglaterra, con obras como *Class, codes and control*<sup>23</sup>, contribuyó también a sistematizar el estudio de las diferencias sociales, y a prever, en relación con la educación escolarizada, los problemas que los niños de diferentes clases sociales pueden tener en los sistemas educativos tradicionales.

En los inicios del estructuralismo, la parcelación del estudio del significado lingüístico se acentuó, en gran medida, por el hecho de que en los Estados Unidos se empezara a considerar la lingüística como ciencia, gracias sobre todo a Bloomfield y a la *Encyclopedia of unified science*<sup>24</sup>, lo cual exigía que se dejara de lado todo aquello que no fuera sistematizable. Paradójicamente, junto a la preocupación de Bloomfield por trabajar únicamente con objetos estables y homogéneos (aunque aceptara y supiera muy bien que el significado de la mayoría de los términos de una lengua implican “situaciones que no han sido clasificadas con exactitud y que constituyen la mayoría”<sup>25</sup>), encontramos que en la misma

<sup>21</sup> Una visión general del estructuralismo europeo de esta época puede encontrarse en GIULIO C. LEPSCHY, “European structuralism: Post-Saussurean schools”, en *Current trends in linguistics*, t. 13: *Historiography of linguistics*, pp. 887-902; para el estructuralismo de la misma época en los Estados Unidos, puede verse el extenso artículo ya citado de D. HYMES y J. FOUGHT, cf. *supra*, nota 16.

<sup>22</sup> Center for Applied Linguistics, Washington, 1966.

<sup>23</sup> Roudedge and Kegan Paul, London, 1971.

<sup>24</sup> Véase ahí la importante colaboración antes citada de BLOOMFIELD, *Linguistic aspects of science*.

<sup>25</sup> Cito de la ed. española, *Lenguaje*, trad. A. Zubizarreta, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, 1964, p.161 [1ª ed. inglesa, 1933]. Bloomfield siempre reconoció que había que estudiar el significado lingüístico de una manera científica, pero veía que el problema para lograrlo estaba en

*Encyclopedia of unified science*, Charles Morris publicó una de las obras que han tenido una fuerte influencia en el estudio del significado: *Foundations of the theory of signs*<sup>26</sup>. Gracias a Charles Morris, editor asociado de la magna obra<sup>27</sup>, y gracias también a otros pensadores, en su mayoría filósofos o matemáticos dedicados a la lógica (Rudolf Carnap, Bertrand Russell, Susan Stebbing, Alfred Tarsky), en la *Encyclopedia* se refleja un interés evidente por el estudio del significado. A pesar de esto, la lingüística norteamericana posterior a Bloomfield parece haber reducido sus miras en relación con el estudio del significado, al dejar de tener presentes ciertos objetivos básicos del movimiento anterior, como por ejemplo, considerar el conocimiento científico, no de un modo fragmentario, sino en su totalidad.

En Europa, uno de los lingüistas que —involuntariamente— contribuyeron más a la fragmentación que supuso estudiar lo exclusivamente homogéneo y dejar de lado lo heterogéneo fue Louis Hjelmslev. Hjelmslev intentó construir, desde una rigurosa perspectiva científica, dentro de la lingüística saussuriana, y como Bloomfield, bajo la influencia del empirismo lógico<sup>28</sup>, una teoría lingüística, basada en el análisis *deductivo*. Partió para ello, como sabemos bien, de la distinción entre planos (contenido y expresión) y estratos (forma y sustancia), y de la noción de solidaridad —unívoca— entre la forma de la expresión y la forma del contenido, que es lo que produce la *relación semiótica* que constituye la *denotación*<sup>29</sup>. La sustancia, tanto de la expresión como del conte-

---

el retraso de la ciencia misma. En la misma obra dice: “La definición de los significados es [ . . . ] el punto débil en el estudio de la lengua, y seguirá siéndolo hasta que el conocimiento humano avance mucho más allá de su estado presente. En la práctica definimos el significado de una forma lingüística, siempre que podemos, por medio de los términos de alguna otra ciencia. Cuando esto no es posible, recurrimos a recursos provisionales”, *ibid.*, p. 162.

<sup>26</sup> T. 1, núm. 2, The University of Chicago Press, Chicago-London, 1938 (cf. *supra*, nota 12).

<sup>27</sup> La obra quedó inconclusa a causa de la Segunda Guerra Mundial y de la muerte de su fundador, Otto Neurath.

<sup>28</sup> HJELMSLEV parece haber conocido bien a empiristas lógicos como J. Jorgensen y R. Carnap, a quienes en los *Prolegómenos* cita con frecuencia.

<sup>29</sup> Recordemos que HJELMSLEV dice que: “la relación que reúne los dos planos (la *relación semiótica*, o más especialmente, en el caso de una semiótica ordinaria, la *denotación*) es, como es sabido, una solidaridad. . .” (“La estratificación del lenguaje”, en *Ensayos lingüísticos*, trads. E. Bombín Izquierdo y F. Piñero Torre, Gredos, Madrid, 1972, p. 59. La 1ª ed. de este artículo es de 1954).

nido, no es para Hjelmslev objeto de estudio de la lingüística. Tampoco lo es el uso de los signos, ni el léxico, si éste se considera como palabras aisladas, independientes de niveles de signos mayores. El análisis que propone Hjelmslev debe partir siempre de signos mayores, es decir, de una lengua determinada, cuyos textos están formados por párrafos o por periodos, a su vez formados por unidades menores, compuestas de oraciones formadas por frases, y éstas, por sintagmas formados por otros elementos, cada vez más simples. Puesto que todo análisis lingüístico debe ser deductivo, los únicos objetos susceptibles de ser analizados en esta forma son lo que Hjelmslev llama las *semióticas denotativas*, que suponen la homogeneidad de su objeto<sup>30</sup>. Sin embargo, era difícil que una lengua natural pudiera someterse estrictamente a este riguroso sistema de análisis que se limitaba a sí mismo al admitir únicamente objetos homogéneos. El hermoso modelo, casi matemático, propuesto en los *Prolegómenos*, corría el peligro de convertirse en una utopía, puesto que los textos que se producen en cualquier lengua son normalmente heterogéneos. El propio Hjelmslev así lo reconocía:

Al preparar el análisis lo hemos hecho suponiendo tácitamente que el dato es un texto compuesto en una semiótica definida, no en una mezcla de dos semióticas. En otras palabras, para ofrecer una situación que sirva de modelo *hemos operado partiendo de la premisa de que el texto dado muestra una homogeneidad estructural* [. . .]. *Esta premisa, sin embargo, no es válida en la práctica* [. . .]: *cualquier texto que no sea de extensión tan pequeña* [. . .], *suele contener derivados que se basan en sistemas diferentes*<sup>31</sup>.

Hjelmslev tuvo que introducir en su teoría una parte sobre las *semióticas connotativas*, dentro de las que colocó todo lo que consideraba heterogéneo: formas literarias (verso, prosa, combinación de ambos); estilo (creativo, arcaizante, imitativo), registros diferentes (culto, vulgar, neutro), tonos diferentes, lenguas na-

<sup>30</sup> Su definición de *semiótica* es: “Una jerarquía [. . .], cuyos componentes admiten su análisis ulterior en clases definidas por relación mutua, de modo que cualquiera de estas clases admite su análisis en derivados definidos por mutación mutua”, en *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, trad. J. L. Díaz de Liaño, Gredos, Madrid, 1971, p. 150 [1ª ed., 1943].

<sup>31</sup> *Op. cit.*, p. 161; los subrayados son míos. Sobre los tipos de “connotadores”, véase también L. HJELMSLEV, “La estratificación del lenguaje” (de 1954), en *Ensayos lingüísticos . . .* especialmente pp. 56 y 80-81.



cionales, lenguas regionales (lengua estándar, dialectos locales), etcétera<sup>32</sup>.

Con base en los ejemplos de Bloomfield y de Hjelmslev, podemos ver, pues, que entre los años treinta y cincuenta, tanto en el estructuralismo norteamericano como en el europeo, la situación fue muy similar: se dejó de lado todo lo que se percibía como heterogéneo y como difícilmente sistematizable.

También dentro de lo *homogéneo* y *sistemático* frente a lo *heterogéneo* y *asistemático* debemos volver a mencionar la crítica literaria. Al analizar el significado de unidades mayores que la oración muchas veces los estudios literarios confunden el significado que se organiza en unidades mayores que la palabra o la oración con sentidos o significados anormales, asistemáticos y heterogéneos. Es frecuente que se diga que el significado de tal o cual palabra, frase u oración en un contexto dado es anormal, que está desviado de la norma, que es polisémico, que no se puede encontrar en ninguna gramática o diccionario, que está ideologizado o simplemente que es distinto porque —se suele afirmar— es literario. Sin embargo, en ningún caso se intenta explicar qué sería lo normal, cuál es la norma de que se habla, en qué consiste lo monosémico, lo no ideologizado, lo no literario o lo prosaico.

##### 5. INFORMACIÓN CENTRAL O ESENCIAL VS. INFORMACIÓN ADICIONAL, SECUNDARIA O COMPLEJA: ESTILO

Pasamos ahora al quinto grupo, que está muy cerca del problema del análisis literario que acabamos de esbozar. Aquí nos encontramos con que del lado de la lingüística (de la denotación) siempre se coloca lo que se designa como la información central o esencial de un mensaje. En cambio, en el otro gran campo, en el de la connotación, encontramos todos aquellos aspectos de la información que son más complejos y también más difíciles de analizar. Por ejemplo, como ya hemos visto en el caso de Hjelmslev, el estilo, aunque es información muy importante, en general queda del lado de la connotación o de lo no lingüístico, es decir, de lo secundario. Este tipo de división, evidentemente también influida y reforzada por la teoría de la información, es característico de la semiótica y del análisis literario. En algunos casos, como en la teoría de Umberto Eco, se dice específicamente

<sup>32</sup> *Prolegómenos a una teoría. . .*, pp. 161-162.

que en el lado de la denotación está lo contenido en un código principal y en el lado de la connotación lo contenido en subcódigos<sup>33</sup>. En otros casos, como en la teoría de Luis J. Prieto, se dice que denotación es la trasmisión de información a través de un mensaje, y que connotación es la señal que remite a la información proporcionada por la construcción misma de ese mensaje<sup>34</sup>.

En este grupo —que incluye la información central o esencial *vs.* la información secundaria, como lo es para muchos lingüistas el estilo— cabe mencionar la concepción de la función poética de Roman Jakobson aludida antes, puesto que se trata de un tipo de estilo al que se considera función del lenguaje. Jakobson, al definir la función poética como aquella en la “que se proyecta el principio de equivalencia del eje de la selección [del paradigma] sobre el eje de la combinación” [el sintagma]<sup>35</sup>, quiso establecer una diferencia drástica entre el estilo poético y cualquier otro tipo de estilo. Esta diferencia seguramente existe: la palpamos en la poesía y en lo que de poesía tiene el habla cotidiana. El problema no radica tanto en esta distinción, sino en que Jakobson y sus seguidores ampliaron el sentido de función poética prácticamente a todo el estilo literario. Es bien sabido que la función poética de Jakobson no se reduce sólo a la parte fonética y fonológica, ni a la parte formal y sintáctica de la poesía, es decir, a los recursos formales como la versificación, la rima, la aliteración, la gradación silábica, la simetría de los morfemas, el paralelismo gramatical, la medida de las secuencias de cada emisión, la reiteración de unidades sonoras de una manera un tanto similar a la música, etc. Por el contrario, en la concepción de Jakobson parece haber una combinación entre lo que se ha llamado función emotiva (que no hace falta explicar) y la función poética. Cuando Jakobson amplió el sentido de función poética e introdujo elementos semánticos de orden tan distinto como la ambigüedad y la metáfora, su concepto, a mi modo de ver, dejó de tener utilidad. Jakobson deja de ser claro cuando dice, por ejemplo, que en poesía se tienden a construir ecuaciones no sólo en las secuen-

<sup>33</sup> Véase, sobre todo, *La struttura assente*, Tascabili Bompiani, Milano, 1980, y más específicamente, la primera parte, sección A, “Il segnale e il senso”, pp. 13-60. [1ª ed., 1968].

<sup>34</sup> Véase especialmente, de L. J. PRIETO, “Langue et style”, *LingP*, 1 (1969), 5-24; y *Pertinence et pratique. Essai de sémiologie*, Éds. de Minuit, Paris, 1975.

<sup>35</sup> Traduzco de la edición inglesa de “Linguistics and poetics”, en *Style in language*, M.I.T. Press, Cambridge, MA, 1971, p. 358. [1ª ed., 1960].

cias fonológicas, sino en toda secuencia de cualquier clase de unidades semánticas, y que en poesía todo elemento de una secuencia constituye una comparación en el paradigma. Así, dice: “En poesía, donde la similaridad se proyecta sobre la contigüidad, toda metonimia es ligeramente metafórica y toda metáfora tiene un tinte metonímico”<sup>36</sup>. Pienso que el concepto de función poética de Jakobson sería muy útil si se redujera a aquellos elementos cuya formalización se puede mostrar en el discurso.

En resumen, si el estilo es información, y por lo tanto es significado, es obvio que debe ser considerado prioritariamente como objeto de estudio de la semántica. Por otra parte, si el estilo es una manera de crear combinaciones de elementos significativos, el estilo es sintaxis; y como tal, debe ser objeto no sólo de la semántica sino también de la lingüística en general. Es evidente que lo que se llama estilo son las combinaciones de elementos mayores a una oración. También es evidente que si hay una lingüística que abarca más allá de la oración, es decir, una lingüística del texto, el estudio del estilo tiene que ser uno de sus objetivos; por lo tanto, la lingüística no tiene por qué distinguir entre un estilo literario y un estilo no literario. Esa distinción, en todo caso, le correspondería a la literatura y no a la lingüística.

## 6. LITERAL VS. METAFÓRICO O FIGURADO

En este grupo se suele encontrar que sentido literal o significado literal corresponden al campo lingüístico, ya que se toman como

<sup>36</sup> *Op. cit.*, p. 370. El hecho de que estas afirmaciones de Jakobson no me parezcan claras no significa, de ninguna manera, que intente negar o disminuir sus aportaciones al mayor conocimiento del significado poético. Por el contrario, creo que Jakobson es uno de los grandes pensadores e innovadores en el terreno particular de lo que puede ser la semántica de la poesía. A Jakobson se le debe, por otra parte, haber tratado de evitar que la lingüística se convirtiera (como muchas veces lo hace) en una mera técnica descriptiva, sin mayores alcances explicativos de lo que es el fenómeno del lenguaje. En esa misma conferencia, JAKOBSON termina advirtiendo a los lingüistas sobre este peligro: “If there are some critics who still doubt the competence of linguistics to embrace the field of poetics, I privately believe that the poetic incompetence of some bigoted linguists has been mistaken for an inadequacy of the linguistic science itself. All of us, however, definitely realize that a linguist deaf to the poetic function of language and a literary scholar indifferent to linguistic problems and unacquainted with linguistic methods are equally flagrant anachronisms”, *ibid.*, p. 377.

equivalentes a denotación, mientras que el grupo no lingüístico de la connotación comprende todos los sentidos o significados figurados o metafóricos. Es muy frecuente también que se identifique sentido literal con la referencia del signo del que se trata, y por otra parte, que los sentidos figurados o metafóricos sean equivalentes a algo muy vago que se designa con el nombre de “significado literario”.

Como ya hemos dicho, la referencia de un signo no puede actualizarse si no es dentro de una oración completa, emitida en un contexto preciso y en un tiempo determinado, y comprendida a su vez por algún sujeto en un contexto y una situación determinados, y en un tiempo dado. Frente a estos requisitos hay que tener en cuenta que la emisión y la recepción de la información no tienen por qué ser simultáneas. Una oración, un conjunto de oraciones, un texto o un discurso pueden, por ejemplo, emitirse en el siglo xvii y actualizarse y ser comprendidos hoy, tres siglos después. En estos casos, la referencia puede seguir siendo la misma. Góngora, por ejemplo, en su “Soledad primera” se refiere a la primavera a través de una complejísima metáfora. Recordemos el comienzo:

Era del año la estación florida  
 en que el mentido robador de Europa  
 —media luna las armas de su frente,  
 y el Sol todos los rayos de su pelo—,  
 luciente honor del cielo,  
 en campos de zafiro, pace estrellas. . .<sup>37</sup>

Para cualquier lector medio, la alusión a la primavera como “la estación florida” es muy clara y ese lector puede fácilmente, en un momento dado, establecer la referencia. Si el lector es más culto, la alusión a Zeus en el mito del rapto de Europa también puede resultar transparente. Mucho más difícil resulta, en cambio, la comprensión de la siguiente doble metáfora, típicamente gongorina<sup>38</sup>. Góngora quiere establecer una referencia a la cons-

<sup>37</sup> Cito *Las soledades* de GÓNGORA de la ed. con prosificación y notas de Dámaso Alonso, Eds. del Árbol, Madrid, 1935, p. 61, vv. 1-6.

<sup>38</sup> Como dice DÁMASO ALONSO, la intención de Góngora era la creación de un lengua poética. Por eso en su expresión poética, “a la abundancia de designativos metafóricos triviales tomados de la antigüedad —ya directamente, ya modificados y bellamente refundidos— y a las imágenes insignes creadas por el genio del poeta, habría que añadir otros muchos tropos usados por

telación de Tauro y, por lo tanto, a la época zodiacal que va, aproximadamente, del 21 de abril al 21 de mayo, es decir, la primavera en su zenit: ni cerca del invierno, ni cerca del verano, sino en su apogeo. Zeus transformado en toro es sólo un pretexto para que el lector establezca varias referencias, antes de llegar a la que finalmente Góngora quiere señalar; pero sin mencionarla por su nombre propio: Tauro. Dámaso Alonso, en su iluminadora glosa de *Las soledades*, explica estos cinco primeros versos de la siguiente manera:

Era aquella florida estación del año en la que el Sol entra en el signo de Tauro (signo del zodiaco que recuerda la engañosa transformación de Júpiter en toro para raptar a Europa). Entra el Sol en Tauro por el mes de abril, y entonces el toro celeste (armada su frente por la media luna de los cuernos, luciente e iluminado por la luz del Sol, traspasado de tal manera por el sol que se confunden los rayos del astro y el pelo del animal) parece que pace estrellas en los campos azul zafiro del cielo<sup>39</sup>.

Si hablamos de referencias en relación con metáforas, tendríamos también que entrar en otro género de discusiones que por ahora deseamos evadir; por ejemplo, podríamos preguntarnos si dentro del mundo de la lógica se puede hacer una referencia a Zeus, se podría discutir la posibilidad de la existencia o inexistencia de Zeus según algún contexto o mundo posible, etc. Como lo que nos interesa no es lo posible en el mundo "real", sino lo posible en el mundo del lenguaje, no entraremos aquí en ninguna discusión de este tipo. Lo importante, en este caso, es que exista la posibilidad de establecer una referencia a través de una metáfora, por más compleja que ésta sea. La metáfora, como dice Dámaso Alonso para la poesía de Góngora, no vuelve oscuro el texto. Lo puede hacer difícil, sí, pero nunca oscuro ni confuso, a menos de que el poeta tenga fracasos expresivos<sup>40</sup>. El fracaso en la expresión

---

sistema a todo lo largo de la obra: *Vulcano* por el fuego; *Baco* por el vino; *Ceres* por las mieses; *Febó* por el sol; *fresno* por venablo; *tálamo* por matrimonio; *roble*, *pino*, *haya*, *abeto*, por navío; etc. . . ." (*op. cit.*, pp. 41-42). Éstas son, precisamente, las dobles metáforas a las que me refiero, a través de las cuales Góngora obliga al lector a ir de una a otra referencia, antes de que pueda establecer la que le da el sentido exacto al poema. Más adelante cito otros ejemplos de dobles metáforas.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 152.

<sup>40</sup> Sin embargo Góngora, como dice Dámaso Alonso, tiene muy pocos fra-

—que debería estudiarse más a fondo— es sin embargo un hecho que se da con mucha frecuencia, independientemente de que se use un lenguaje metafórico o un lenguaje, en apariencia, más directo.

Pasemos ahora al caso de un lector poco culto y poco sensible, con escasa o nula curiosidad intelectual para buscar una respuesta que le permita saber qué quiso decir el poeta. Este sujeto hipotético ni establecería una referencia ni tampoco podría comprender el significado del comienzo de la “Soledad primera”, porque no entendería nada de los versos citados.

Podemos ver otro ejemplo muy claro, en los versos 430 a 434, también de la “Soledad primera”. En ellos, a través de otra hermosa y complejísima metáfora, Góngora se refiere a la codicia que despertaron las riquezas de América y, específicamente, a aquellas encontradas por los conquistadores cuando exploraron el océano Pacífico:

Segundos leños dio a segundo polo  
en nuevo mar, que le rindió no sólo  
las blancas hijas de sus conchas bellas,  
mas los que lograr bien no supo Midas  
metales homicidas<sup>41</sup>.

Si se es medianamente culto, son comprensibles las referencias a los tesoros que encontraron los conquistadores de América en sus sucesivas exploraciones. En cambio, no es tan claro que “segundos leños” se refiera a ‘los barcos’ de los conquistadores. Ni tampoco que por “segundo polo” se entienda el haber llegado a tierras australes y alcanzar las costas del océano Pacífico: “nuevo mar”. La hermosa alusión a las perlas, y la alusión —a través del rey Midas— al oro, que por codiciado puede provocar violencia homicida, son más claras, y el lector puede, con mayor o menor facilidad, hacer esas referencias<sup>42</sup>. Pero en caso contrario, el lector ni podría establecer referencias ni tampoco podría comprender prácticamente nada del significado de ese texto, porque no entendería el párrafo completo.

---

casos expresivos. Sobre la dificultad de la poesía gongorina, pero, al mismo tiempo, sobre su extraordinaria claridad y precisión, cf. *ibid.*, pp. 43-45.

<sup>41</sup> *Ibid.*, pp. 79-80.

<sup>42</sup> Para la prosificación que hace Dámaso Alonso de la estrofa citada de Góngora, véase la ed. cit., p. 175.

Estas observaciones nos hacen coincidir con quienes afirman<sup>43</sup> que, en las lenguas naturales, una metáfora no impide hacer referencias, sino que es perfectamente posible establecer a través de metáforas referencias muy variadas. Debemos destacar, por lo tanto, que para comprender el funcionamiento del lenguaje, no resulta cierto que metafórico o figurado sea equivalente a *no referencial*. Sin embargo, la equivalencia, que de hecho se hace muy frecuentemente en lingüística, podría ser producto de la influencia de la filosofía, puesto que a lo largo de la historia de esa disciplina ha habido una larguísima discusión, que se remonta a Aristóteles, sobre la validez o la invalidez del uso de las metáforas para el quehacer filosófico y para el conocimiento científico<sup>44</sup>. En vista de que muchas de las corrientes filosóficas han rechazado el valor cognoscitivo de las metáforas, la lingüística parece haber adoptado este rechazo como inobjetable.

Además del sentido 'referencial', el término *literal* se suele usar en otros dos sentidos distintos. En uno de ellos, *literal* puede usarse para aludir al significado aislado de cada una de las partes de una locución. Es decir, se habla también de sentido literal cuando en un giro o en una locución se identifican, se fragmentan y se separan, paso a paso, los significados parciales de las palabras o de los grupos de palabras que combinados componen la locución entera. Si fragmentáramos, pase a paso, o palabra por palabra, la primera expresión metafórica de Góngora que hemos glossado, sólo tendría sentido y podría en ese caso llegar a tener referencia el primer verso, en el que la alusión a la primavera como "estación florida" es muy transparente. Pero el resto de los versos —del segundo al sexto—, es decir, las alusiones indirectas a Zeus y su raptó de Europa, y las alusiones a Tauro, para hacer referencia a la época más radiante de la primavera, aunque no

<sup>43</sup> Sobre esto puede verse, por ejemplo, el capítulo "Métaphore et référence", en PAUL RICOEUR, *La métaphore vive*, Éds. du Seuil, Paris, 1975, pp. 273-321, donde se resume, desde una perspectiva histórica, el punto de vista de varios autores sobre este aspecto. Véase también la introducción histórica que hace MARK JOHNSON en su importante antología, *Philosophical perspectives on metaphor*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1981, pp. 3-47. La obra de MAX BLACK, *Models and metaphors*, Cornell University Press, Ithaca, 1962, especialmente pp. 25-47, ha tenido gran repercusión en las concepciones sobre metáfora de la filosofía actual.

<sup>44</sup> Véase en la introducción de la antología de M. JOHNSON, citada en la nota anterior, la parte "What is the cognitive status of metaphor", pp. 35-44. J. FERRATER MORA da un apretado resumen de esta discusión en su *Diccionario de filosofía*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1975, s.v. *metáfora*.

fueran totalmente incomprensibles, sí resultarían muy difíciles de entender, sobre todo si se leyeran fragmentadamente, por segmentos o como palabras aisladas. Si fragmentáramos, parte por parte, el segundo texto metafórico de Góngora que acabamos de citar, sólo tendría sentido y podría en ese caso llegar a tener referencia el tercer verso, donde la metáfora usada para hacer referencia a *perlas* es bastante clara. Tal vez, también en el cuarto y quinto versos, si se sabe quién es Midas, se entienda la referencia al oro y a los disturbios que este metal precioso puede provocar por la codicia de los hombres. Pero si fragmentáramos la estrofa para encontrar el sentido de cada palabra aislada de las demás, la estrofa entera dejaría de tener —como cualquier texto— un significado coherente para cualquier tipo de lector.

El concepto literal como lo acabamos de definir —fragmentar el sentido de una frase, aislando cada uno de sus elementos— no podría ser, por lo tanto, equivalente ni a significado referencial o cognoscitivo ni al sentido que denotación tiene en lógica, ya que en lógica alude a la referencia. Recordemos que *denotación* “son los sujetos (o sea, las entidades poseedoras de atributos) de los que puede predicarse un término”<sup>45</sup>.

Si entendemos *literal* como la fragmentación y la búsqueda del significado de los elementos aislados de una locución o de un giro, comprenderemos por qué se dice a veces que el significado literal puede llegar a ser absurdo. Si tomamos la oración “Fulano es un tal por cual”, las palabras *tal*, *por* y *cual*, aisladas de la locución, no tienen sentido. Tampoco sería muy claro entender literalmente “irse al demonio”, no porque éste exista o no, sino porque el demonio no es un lugar. Muchas veces el sentido literal aislado sería muy distinto del que tiene en el conjunto de algunas locuciones. En algunos casos, si no se conoce la razón histórica de la composición del giro, el sentido literal fragmentado resulta cómico; tal sería el caso, por ejemplo, de “hablar a tontas y a locas”.

No habría problema, sin embargo, si entendemos *literal* según otra acepción que está consignada también en algunos diccionarios, y que podríamos calificar como la más “correcta”, porque atiende al significado global de la locución y no al significado de cada una de sus partes. Por ejemplo, Lázaro Carreter dice en su conocido *Diccionario de términos filológicos* que sentido literal “es el que posee una locución, un giro, etc., atendiendo a la suma de

<sup>45</sup> Cf. *supra*, nota 7.



sus significados''. El sentido literal de la primera extensa metáfora de Góngora sería sencillamente, 'la primavera'. El sentido literal del segundo pasaje sería 'cómo llevó la codicia a los navegantes a recorrer el océano Pacífico, para buscar las blancas perlas, «hijas de sus conchas bellas», y los metales preciosos que, por ambición, son causa de muerte'.

Por último, hay que aclarar que en el lenguaje la relación entre literal y referencial no tiene por qué ser directa ni unívoca. La referencia a la que alude el emisor y la referencia a la que puede aludir el receptor no tiene por qué ser física, precisa y exactamente la misma. La Beatriz de la *Divina Comedia* no puede ser la misma persona para Dante que para un lector del siglo xx; ni don Quijote, ni Sancho, pueden ser lo mismo para Cervantes que para nosotros.

Puesto que lo literal es, evidentemente, un problema importante para la semántica, sólo nos queda preguntarnos si lo figurado y lo metafórico deben ser también objeto de estudio de la semántica y de la lingüística. Que la respuesta es, indudablemente, positiva lo prueban, en primer lugar, la abundante bibliografía lingüística, filosófica y sobre teoría literaria que se ha producido alrededor de los varios conceptos de metáfora<sup>46</sup>. También lo prueba el hecho de que a medida de que la lingüística ha mostrado mayor interés por el estudio del significado, las incursiones en el problema de qué es la metáfora no sólo se hacen con más frecuencia, sino con mayor profundidad y rigor.

No entraremos aquí, desde luego, ni a enumerar las múltiples definiciones que se han dado desde Aristóteles hasta hoy sobre lo que es metáfora, ni menos a discutir las, cuestión que nos llevaría muchísimas páginas. Creo que, por ahora, basta con afirmar que la metáfora —junto con todo aquello que se llama sentido o significado figurado— es uno de los temas más apasionantes en el estudio del significado de las lenguas naturales y que no hay ninguna razón para dejarla de lado. Pero junto con esta afirmación hay que tener muy presente que el concepto mismo de metáfora no

<sup>46</sup> Las dos grandes bibliografías que permiten apreciar el enorme interés que hay por el tema desde la perspectiva de diversas disciplinas y ver, por otra parte, la abundantísima producción de estudios sobre metáfora, son la de WARREN A. SHIBLES, *Metaphor: An annotated bibliography and history*, Whitewater, Wisconsin, 1971 (que contiene alrededor de 3000 referencias), y la de J. P. VAN NOPPEN *et al.*, *Metaphor. A bibliography of post-1970 publications*, J. Benjamins, Amsterdam-Philadelphia, 1985. (*Amsterdam Studies in the Theory and History of Linguistic Sciences*, Series V, 17).

es único: son varios los conceptos que existen y no siempre todos son totalmente coherentes ni claros. Es frecuente ver posiciones muy variadas o extremas, desde la tradicional aristotélica, hasta las que afirman que las lenguas naturales son, en su esencia, metafóricas, y que todo significado está creado inicialmente por una metáfora, o también las que llegan más lejos aún, a equiparar metáfora y significado como una misma cosa.

#### 7. EL SIGNIFICADO CONSIDERADO SINCRÓNICAMENTE VS. EL SIGNIFICADO CONSIDERADO DESDE UNA PERSPECTIVA DIACRÓNICA

Dentro de este último grupo están los problemas que se relacionan con la drástica división que originó el estructuralismo moderno —la lingüística saussuriana—, entre los estudios que toman en cuenta el tiempo como factor determinante para explicar el objeto mismo que se analiza, y los estudios rigurosamente sincrónicos, que hacen abstracción de todos los factores históricos, para explicar un estado de cosas fijo, que responde a la existencia de un complejo sistema de relaciones cerrado en sí mismo. Sin embargo, no pretendemos aquí analizar los problemas que para la lingüística trajo consigo la oposición tajante entre estudios sincrónicos y estudios diacrónicos. Las consecuencias de esta división para la lingüística historicista de fines del siglo XIX y principios del XX (que se inclinó por la diacronía, hasta el extremo de afirmar, como lo hizo Hermann Paul, que toda consideración lingüística que no fuera histórica era sólo una consideración histórica incompleta<sup>47</sup>) fueron ampliamente estudiadas y criticadas por muchos estructuralistas, a partir de Saussure. Las consecuencias de esa misma oposición, pero inclinada hacia el otro lado de la balanza, hacia la pura sincronía, también han sido ya ampliamente comentadas y refutadas por excelentes estudios que han demostrado la pertinencia y la necesidad de combinar, en muchos ca-

<sup>47</sup> En sus *Prinzipien der Sprachgeschichte*, Niemeyer, Halle, 1960, p. 20 [1ª ed., 1880]. Como dice B. MALMBERG, para H. Paul, el teórico más descollante de los *neogramáticos*, “toda explicación de los fenómenos lingüísticos tiene que ser necesariamente histórica. La pura descripción de un lenguaje no es [. . .] más que una compilación de datos, lo cual, como tal, no es una ciencia”, cf. *Los nuevos caminos de la lingüística*, Siglo XXI, México, 1967, p. 16. Sobre Hermann Paul, véase E. F. K. KOERNER, “European structuralism: Early beginnings”, en *Current trends in linguistics*, t. 13, esp. la parte 2.3.2, “Hermann Paul’s principles of language study”, pp. 776-786.

sos, las consideraciones sincrónicas con las diacrónicas. Ejemplos contundentes que se han convertido hoy en clásicos de la lingüística son, además de los trabajos de la escuela de Praga<sup>48</sup>, las teorías de la llamada lingüística funcional, representadas por André Martinet<sup>49</sup>, y para el español, por Emilio Alarcos Llorach<sup>50</sup>; varias obras de Eugenio Coseriu, entre ellas su iluminador artículo, "Diacronía, sincronía e historia. El problema del cambio lingüístico"<sup>51</sup>; los trabajos de Walter von Wartburg<sup>52</sup>, etcétera.

En relación con el estudio del significado, sólo señalaremos ciertos aspectos para los cuales la tajante oposición sincronía/diacronía tampoco resultó sana. Al hablar de significado, hay que empezar por aclarar que, si combinamos el concepto de denotación con el de sincronía, automáticamente nos inclinamos más hacia el lado de la semántica lógica que al de la semántica lingüística. Saber cuál es la denotación de un término en una determinada sincronía sería conocer la entidad de la que se predica un término dentro de una proposición dada, es decir, sería situarnos en el "aquí y el ahora" al que se refiere una oración específica, dentro de un contexto determinado y en un momento de tiempo preciso. Por ejemplo, sería saber a qué hace referencia *Juan come aquí un pollo en salsa verde*. Tendríamos que conocer las respuestas de preguntas como: ¿de qué Juan se trata?, ¿dónde está Juan?, ¿de qué pollo particular y único se habla?, ¿cómo es la salsa verde y de cuál de todas las posibles salsas verdes se trata?, etc. Bien

<sup>48</sup> Las aportaciones a la lingüística histórica, y a la lingüística en general, pueden seguirse en los ocho volúmenes de los *Travaux du Cercle Linguistique de Prague (TCLP)* (1929-1939). Como ejemplos hay que mencionar, entre otros, los conocidos trabajos pioneros de N. S. Trubetzkoy y algunos de enfoque historicista de R. JAKOBSON, como su "Prinzipien der historischen Phonologie", *TCLP*, 4 (1931), 247-267. Véase la antología de los trabajos del Círculo de Praga de JOSEPH VACHEK (ed.), *A Prague school reader in linguistics*, Indiana University Press, Bloomington-London, 1964. Sobre lingüística histórica, están ahí reproducidos, de B. TRNKA, "Méthode de comparaison analytique et grammaire comparée historique", pp. 68-74, y de VILEM MATHESIUŠ, "Zür synchronischen Analyse fremden Sprachguts", pp. 398-412.

<sup>49</sup> Esp. su famosa *Économie des changements phonétiques*, A. Francke, Berne, 1955.

<sup>50</sup> Véanse en su *Fonología española*, Gredos, Madrid, 1981 [1ª ed., 1950], las partes "Fonología diacrónica", pp. 112-140, y "Fonología diacrónica del español", pp. 209-281.

<sup>51</sup> *RFHC*, 15 (1958), 201-355.

<sup>52</sup> Cf. *La fragmentation linguistique de la Romania*, trad. del alemán de J. Allières y G. Straka, Klincksieck, Paris, 1967 [1ª ed., 1950]; y *Évolution et structure de la langue française*, A. Francke & A. G. Verlag, Bern, 1962 [1ª ed., 1934].

sabemos que si combinamos el concepto de connotación con el de diacronía obtenemos una variación muy amplia de sentidos, pero éstos no nos conciernen ahora, porque no se trata de entrar aquí en la historia de estos términos y de sus correspondientes significados. Para nuestros fines presentes, en primer lugar hay que destacar la relación directa que, desde el siglo XIX, existe con J. S. Mill, y actualmente, con algunas corrientes de la semántica lógica, entre connotación y significado. Aunque parezca un juego de palabras, no lo es: el significado de *connotación* en filosofía (en lógica) es uno de los significados de *significado*:

La suma de las notas constitutivas de la esencia de un concepto, tal como es en sí misma, no tal como es para nosotros. Esta propiedad lógica se mide, pues, por la suma de las notas, los géneros superiores que implica, los varios atributos esenciales de su naturaleza como tal. El término es sinónimo de *intensión* y de *comprehensión* [*sic*]; pero ha habido controversias acerca de este punto<sup>53</sup>.

En segundo lugar, hay que tener en cuenta que, en la realidad, el hombre sólo puede hablar de esas “notas”, o de los varios atributos o aspectos del significado o de la connotación de un término, de acuerdo con lo que va conociendo, paso a paso, a lo largo de la historia. Es decir, esas “notas” o atributos, que se supone que son la “esencia” del concepto, únicamente forman parte de él paulatinamente, conforme se descubren —se inventan o se crean— nuevas características del objeto (o del concepto) y, por lo tanto, no es sino hasta ese momento cuando esas “notas” entran a conformar el significado (o la connotación) del término. Como bien observaba John Stuart Mill, aun desde la perspectiva de la lógica, es muy importante el momento en que a una clase de objetos se le asigna un nombre, pero también son fundamentales los momentos sucesivos en los que se encuentran nuevos atributos del objeto que se van añadiendo al significado del nombre. Un ejemplo particularmente claro en nuestros días es la palabra *átomo*, cuya evolución en la historia de sus sucesivos significados es tan conocida que no hay necesidad de explicarla. S. Mili ejemplifica el problema con la palabra *diamante* y la palabra *combustible*, que originalmente no se relacionaban entre sí, puesto que al empezarse a usar los diamantes como joyas, éstos tenían el senti-

<sup>53</sup> DAGOBERT D. RUNES (ed.), *Diccionario de filosofía, s.v. connotación*. La definición es de Thomas Greenwood, pero, evidentemente, la traducción deja mucho que desear.

do de 'indomables y duros', y se ignoraba que tuvieran la propiedad de ser combustibles, o que el durísimo diamante fuera un tipo de combustible<sup>54</sup>. Los buenos diccionarios, en particular los históricos (pero no exclusivamente), están llenos de ejemplos interesantes de cómo se modifica, enriquece o cambia el significado de las palabras. Al combinar en este sentido particular *connotación* (como la serie de atributos que necesaria y exhaustivamente configuran el significado de una palabra) con *diacronía*, inmediatamente surgen en la discusión —en el terreno de la lingüística— los llamados significados secundarios, agregados o adyacentes. Es muy común que cuando alguien utiliza una palabra que destaca unos atributos más que otros, se diga en lingüística (con otros sentidos muy distintos), que el significado no es denotativo, sino connotativo, es decir, que se usa un significado secundario, adyacente o agregado frente a otro principal, como ya hemos visto antes en el punto (1). Por ejemplo, si yo digo que las páginas que escribió John Locke sobre el significado son *oro* para mí, se diría que estoy usando un lenguaje metafórico (una parte por el todo, una sinécdoque) o que le estoy dando a *oro* uno de sus sentidos secundarios, adyacentes o agregados. Pero realmente esto último sería falso, porque *oro*, en la mayoría de las lenguas y de las sociedades actuales, significa necesariamente 'valioso', además de 'metal'.

Para entender el cambio lingüístico no sólo es importante estudiar el significado desde un punto de vista diacrónico, sino que, si se quiere saber realmente qué es y cómo funciona el fenómeno mismo del significado lingüístico, hay que acudir, obligatoriamente, a la historia. En este sentido, creo que en los años cincuenta y sesenta constituyó una gran pérdida para el estudio del significado que la lingüística prácticamente dilapidara dos de sus más valiosas herencias, tal vez por considerarlas poco modernas o no lo suficientemente científicas: la de la lingüística histórica del siglo XIX y la de la filología clásica de la ininterrumpida tradición grecolatina. Ambas disciplinas fueron de enorme utilidad para la lingüística, y de hecho lo siguen siendo, puesto que, afortunadamente, muchos estudiosos del significado nunca dejaron de utilizarlas. Ahora bien, en las tres áreas en las que me parece que el antihistoricismo resultó particularmente nocivo fue en el estudio

<sup>54</sup> Cf. J. STUART MILL, *A system of logic ratiocinative and inductive. Being a connected view of the principles of evidence and the methods of scientific investigation*, books I-III, IV-VI. University of Toronto Press, Toronto-Buffalo, 1973-1974, pp. 92-93 [1ª ed., 1843].

del léxico, en el análisis del significado textual, y en la falta de una perspectiva histórica sobre la tarea de la semántica, y en general, de la lingüística.

Sobre el primer aspecto, basta decir que es muy comprensible que los diccionarios y los estudios léxicos que no toman en cuenta la historia de las palabras que definen o comentan tengan muchas deficiencias. En el segundo aspecto, en el del análisis del significado textual, resulta central la exigencia de acudir a una visión histórica del significado si se quiere comprender a fondo la literatura, y en general la escritura, como productos de una sociedad. No es posible apreciar cabalmente los textos escritos en una lengua, excepto los muy contemporáneos, si no se conocen ciertas variantes en la historia del significado de esa lengua. Así, por ejemplo, ¿cómo pueden entenderse ciertos versos de la literatura española de los Siglos de Oro en los que con mucha frecuencia aparece la palabra *cautela*, si no se sabe que, de los siglos xv al xvii, su significado era ‘trampa, maña para engañar’? En la jornada primera de *El burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina, cuando don Juan engaña a Isabela, haciéndose pasar por el duque Octavio, es sorprendido por el rey. Don Pedro, tío de don Juan, lo encubre y trata de culpar al duque ante el rey:

La mujer, que es Isabela  
(que para admirarte nombro)  
retirada en esa pieza,  
dice que es el duque Octavio  
que, con engaño y *cautela*,  
la gozó<sup>55</sup>.

No deja lugar a dudas el *Tesoro de la lengua castellana o española*, de Sebastián de Cobarruvias, de 1611, cuya definición de *cautela* es: “El engaño que uno haze a otro ingeniosamente, usando de términos ambiguos y de palabras dudosas y equívocas. . .”. El título completo de otra comedia de Tirso, *Cautela contra cautela*, se comprendería erróneamente si no nos atuviéramos al significado histórico de esta palabra<sup>56</sup>.

<sup>55</sup> El pasaje está en la escena VI de la Jornada primera. Cito de las *Obras dramáticas completas*, Aguilar, Madrid, 1952, t. 2, p. 637.

<sup>56</sup> En esta comedia de engaños, como en otros lugares, puede entenderse por el contexto el significado de la palabra. El rey, en el acto primero, trama lo siguiente: “Yo he de fingir que no estás / ya en mi gracia, y he de hacer / que piensen que te aborrezco / y este enojo mostraré / de manera que enemi-

Podrían darse muchos otros ejemplos semejantes, como el de Garcilaso en la "Canción quinta", cuando le dice a una dama ". . . y cómo por ti sola, / y por tu gran valor y hermosura/ convertida en *viola*, / llora su desventura / el miserable amante en su figura. . ."<sup>57</sup>. Un lector actual podría entender que al decir *viola*, el poeta se refiere al instrumento musical, en vez de a una flor —la violeta—, en cuyo caso los versos perderían su sentido<sup>58</sup>.

Tal vez no sea tan obvia la necesidad de que la lingüística adopte respecto de sí misma una perspectiva histórica que le permita saber cuáles son sus carencias o qué aspectos privilegia más en tal o cual época o en tal o cual escuela, y cuáles otros deja de lado o estudia en menor medida. Me atrevo a decir que en nuestra disciplina no se percibe claramente la necesidad, imperiosa para toda ciencia, de conocerse a sí misma porque, en general, se sigue creyendo que la lingüística no empezó sino hasta el siglo xx con el estructuralismo, con Saussure, y con Sapir y Bloomfield. Siempre se dice que lo que estos grandes pensadores realizaron fue sumamente original; pero pocas veces se tiene en cuenta que sus aportaciones también forman parte integral de un *continuum* que se remonta al pensamiento helénico. Incluso resulta imposible entender la magnitud de las innovaciones de estos autores si, por ejemplo, no se conoce la lingüística anterior al siglo xx. La necesidad de atender a ese *continuum*, en relación con el significado, resulta más difícil de observar, porque el pensamiento en torno a la semántica hay que buscarlo en disciplinas diversas: en filosofía, principalmente, pero también en psicología, en las múltiples ramas de la lingüística, en el estudio de la literatura, etc. Sin embargo, a pesar de la dificultad, es ahí, en la larga y difícil historia de los múltiples conceptos de significado, donde podemos encontrar la clave para adentrarnos con paso firme y armas sólidas en el complejo mundo del significado lingüístico.

---

go / me juzguen tuyo [. . .]. / Vendrásme de noche a ver: / seré tu amigo de noche; / y aunque siempre lo seré, / engañaremos de día / el humano parecer. / Con esta *cautela*, Enrique / (y en la política ley / es provechosa y es justa) / asegurarme podré / en este reino; sabrás / qué enemigo tengo, quién / se conjura contra mí. . .", *op. cit.*, t. 2, p. 926.

<sup>57</sup> Cf. GARCILASO, *Obras*, ed. T. Navarro Tomás, Espasa-Calpe, Madrid, 1963, p. 195.

<sup>58</sup> COROMINAS identifica el significado de *viola* con 'violeta', y documenta la palabra como un latinismo usado en los Siglos de Oro por Góngora y otros poetas: *DCEC*, s.v. *violeta*. Al mismo tiempo, *viola* es una alusión al nombre de la dama, doña Violante Sanseverino, a quien Garcilaso dedicó el poema, cf. ed. cit., p. 195, nota 28.

Para terminar, después de nuestra revisión de los siete grupos de problemas en torno al significado, podemos concluir que es conveniente que la lingüística deje de prestar atención y dar preferencia sólo a aquellos aspectos del significado que hemos colocado en los primeros campos de cada grupo y que constituyen lo más homogéneo y fácilmente sistematizable. Entender el significado de las lenguas naturales no sólo implica comprender el comportamiento de algunas de sus formas menores, como las palabras y los morfemas, o de sus formas básicas como la oración, sino que exige también entender cómo los hombres comunican el significado a otros hombres de maneras muy variadas y complejas. El significado, o los significados que las lenguas pueden comunicar son, por naturaleza y por esencia, infinitos. Por lo tanto, si las combinaciones que producen significado son infinitas (me refiero a construcciones de cualquier dimensión), todas las variaciones resultan fundamentales. Hay que tomar en cuenta desde las combinaciones sintácticas más pequeñas hasta el estilo, entendido como todos aquellos factores que concurren para dar originalidad significativa a una expresión, ya sea una frase, ya sea un diálogo, un texto, o un libro entero. En esa originalidad propia de cada texto o expresión puede haber una gama enorme de posibilidades, desde la más absoluta simpleza hasta la profunda hermosura de un gran poema. El objeto de estudio de la semántica tendría pues que ampliarse —insisto y repito— para que pudiera llegar a cubrir esa enorme variedad de posibilidades que constituye el significado de las lenguas naturales, aunque sabemos bien que visto así el objeto de estudio ya no resulta ni homogéneo ni fácilmente asible o sistematizable.

Con todo lo anterior, no creo estar hablando de un ideal inalcanzable y utópico, sino todo lo contrario, puesto que en la actualidad la semántica posee una cantidad muy considerable de apoyos. Por una parte, cuenta con todos los avances de la lingüística en general, con los avances de la sociolingüística y la psicolingüística, y con los de la pragmática. Dentro de su propio ámbito, cuenta con una base formal, es decir, con el extraordinario rigor y con las argumentaciones precisas y sólidas que han caracterizado a la lingüística y a la semántica de orientación formal de los últimos veinticinco o treinta años. Por otra parte, contamos con la joven lingüística del texto y con la vieja filología, de cuyas fuentes se podría nutrir cada día más la semántica. Por último, la semántica también debe tomar en cuenta, o debe incorporar o reincorporar en su metodología, tanto a la historia de la lingüística, que



siempre nos proporciona los elementos que se requieren para una autocrítica constructiva, como a la lingüística histórica, que junto con la adquisición del lenguaje es una de las disciplinas que mejor muestran cómo se desarrolla el significado, cómo evoluciona y cómo va adquiriendo o transformando paulatinamente su configuración.

Lo que siempre debemos evitar es trasladar la metodología de una disciplina a otra, mecánicamente, sin analizar a fondo las consecuencias de su aplicación, tal como lo hicieron muchos de los estructuralistas, que desde los años cincuenta y sesenta pretendieron analizar textos literarios completos y muy complejos —poemas, cuentos, novelas— con instrumentos y métodos que habían sido elaborados para analizar sólo frases u oraciones. Si los lingüistas queremos ampliar nuestro objeto de estudio —como es el caso que propongo aquí para la semántica— no debemos olvidar nunca el rigor y la coherencia que, como toda ciencia, nos exige nuestra propia disciplina.

BEATRIZ GARZA CUARÓN  
El Colegio de México